
Missa solemnis

Raúl Vallejo
Missa solemnis

Cubierta: Detalle de La Compañía,
Acuarela de Oswaldo Muñoz Mariño, 1993
fotografía: Christoph Hirtz
Fotografía del autor: Eduardo Santillán, 2006

Diseño colección:
Josep Bagà Associats

Primera edición, marzo de 2008

© 2008 Raúl Vallejo
www.raulvallejo.com
© 2008 Editorial Planeta del Ecuador S.A.
planeta@access.net.ec

ISBN: 978-9978-983-45-4
Registro derecho autoral: 028393 del 26 de febrero, 2008
Depósito legal: 003950

Impreso por:
Editorial Ecuador F.B.T. Cía. Ltda.
Santiago Oe2-131
Telefax: 2227 551, Quito-Ecuador
editecua@interactive.net.ec

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Introducción

Cantos del peregrino
por Manuel Corrales Pascual, S.J.

En esta *Missa solemnis*, el escritor Raúl Vallejo ha dado la palabra a un yo poemático lírico. De ese yo poemático, y de lo que nos ha dejado dicho en el texto, trataré de decir aquí un par de cosas.

Conocíamos al Raúl Vallejo narrador —desde *Cuento a cuento* (1976) hasta, por ahora, *El alma en los labios* (2003)—, y también como ensayista: *Emelec, cuando la luz es muerte* (1988), *Una utopía para el siglo XXI* (1995), *Crónica mestiza del nuevo Pachacútk* (1996). Sus dos incursiones previas en la lírica son su poemario *Cánticos para Oriana* (2003) y *Crónica del mestizo* (2007), que pudiéramos considerar precursores de esta *Missa solemnis*.

No es, pues, nuestro autor novicio en el uso del lenguaje poético. Las pruebas de su manejo solvente del soporte lingüístico podemos encontrarlas desde la primera línea del texto que aquí vamos a comentar y presentar: tanto en el nivel de la denotación como, sobre todo, en el de la connotación. Precisamente rasgos de este último van a ser el centro de mi comentario: los temas y las imágenes por las que esos temas se nos manifiestan.

Pero antes de entrar en la anunciada materia, me parece necesaria una palabra sobre la arquitectura del poemario. Una reproducción en lengua hispana del Salmo 150, el último del Salterio bíblico, sirve de prólogo a los once poemas de que consta el texto. Y como colofón de ellos, una versión de este mismo salmo, elaborada por el autor y puesta, como todo el resto del texto, en labios del yo poemático.

Los cinco momentos de una misa cantada —*Kyrie, Gloria, Credo, Sanctus, Agnus Dei*—, a los que se añade el *Padrenuestro*, van precedidos de unos versículos del *Magnificat* glosados por el yo poemático, y seguidos de tres poemas: “Las siete palabras de Cristo en la cruz”, una versión del *Stabat Mater* propia del autor, y el poema titulado “Resurrección y Ascensión de Cristo” (cuyo título completo es: “Resurrección y Ascensión de Cristo, según el Evangelio apócrifo de santa María Magdalena”).

Esta estructura formal del poemario parece que nos lleva a concluir que el autor, Raúl Vallejo, ha concebido su texto *arquitectónicamente*: se trata de un poemario construido de acuerdo con un plan y una *intención poemática*.

Lo dicho me hace sospechar que la *Missa solemnis* de Vallejo nos ofrece indicios de parentesco con ciertas corrientes poéticas del siglo XX, tanto francesas como hispanas; quiero decir, rasgos que aparecen en este poemario nos llevan a pensar, por ejemplo, en la vertiente “intelectualista” de la poesía de aquel y de este siglo. Me atrevo a pedir prestada a Paul Valéry la idea de que el poema debe ser una fiesta del intelecto. Porque fiesta del intelecto me parece la *Missa solemnis* de Raúl Vallejo. Decir fiesta del intelecto no es sinónimo de decir racionalismo, lírica “racionalista”, o especulación racional químicamente pura. Estamos frente a un hecho lírico; es decir, frente a un lenguaje poético que materializa la fusión intrínseca entre el yo poemático y el mundo. El yo poemático en su integridad total, no solamente la capacidad razonadora y especulativa de ese yo.

Desde el primer cántico, se ve claramente que el poeta no ha concebido ligeramente lo que ha querido expresar: todo el texto revela que primeramente ha bebido pausada, meditada, sentidamente, en las fuentes escriturísticas: en la Biblia. Y exhibe su conocimiento y vivencia de la historia del pueblo de Dios, de Israel, no desde luego como vana ostentación de erudito, sino como *continuum*, como *leitmotiv* de todo su poematizar.

También trasluce el texto conocimiento de las fuentes escriturísticas no canónicas; es decir, de los evangelios apócrifos, y concretamente de los escasos fragmentos que nos han quedado del llamado *Evangelio de María Magdalena*: apenas un par de fragmentos (menos de doscientas palabras) de la versión original griega, y trozos algo más numerosos de la versión copta. Estoy hablando de textos —insisto, muy fragmentarios—escritos en los siglos II y III de nuestra Era.

Y ahora, sí, entro en lo que ofrecí hace un momento: lo que mi lectura me revela como eje temático del poemario y las imágenes en que tal eje se materializa.

Salvo mejor parecer de lectores más avisados, y de mejor probados catadores de poesía lírica, considero que el gran eje de esta *Missa solemnis* es el viejo tema del *homo viator*, del hombre peregrino. Tema de rancia estirpe medieval; pero tema de todos los tiempos. Su vigencia y actualidad permanecerán mientras sigamos viviendo seres humanos en este mundo sublunar.

Concebir y sentir a la persona humana como *homo viator*, como peregrino, equivale a concebirla como caminante (caminante por la vida, se entiende). Al caminar —es decir, al peregrinar—, al hacerlo cada día, en cada momento, va teniendo la oportunidad de experimentar nuevas situaciones, de enfrentarse con realidades inéditas, de volver a hacerse las mismas preguntas y también de plantearse nuevas cuestiones sobre la vida, sobre el sentido del vivir.

Este modo de concebir y sentir a la persona humana, este modo de pensarse y sentirse a sí mismo, es —si no me equivoco— eminentemente religioso: las respuestas últimas que el peregrino busca a lo largo de su itinerancia, tienen que ver con su desligación o con su religación con lo divino, con lo sagrado, con el ámbito de la trascendencia.

En el caso de *Missa solemnis*, la dimensión religiosa del caminar nos remite a la experiencia del pueblo de Israel primero, y a la del pueblo cristiano inmediatamente. Lo que nos cuenta la

Biblia no es otra cosa que la historia de un pueblo peregrino en busca de la tierra prometida primero, y de la tierra definitiva de felicidad completa y sin fronteras. El yo poemático de *Missa solemnis* participa de esa experiencia, y la cuenta —por así decirlo— a lo largo de todo el texto.

Se me ocurre a este propósito traer las palabras del teólogo español Torres Queiruga: “El camino ha simbolizado y sigue simbolizando con peculiar energía toda la honda significación del *homo viator*, del hombre y de la mujer que, trabajados por el hambre de trascendencia, quieren recorrer la vida hasta los límites extremos de su ser...”.

Oigamos al yo poemático decirnos algunos rasgos de su peregrinar. El orden en que aludo a esos rasgos no significa preeminencia alguna.

Ante todo, el sentirse radical y esencialmente peregrino se nos manifiesta con excepcional elocuencia en esta línea:

*¡Ahora todos somos peregrinos con el peso de la libertad a cuestas!*¹

La vivencia de la transitoriedad del sujeto y de la contingencia del mundo (que es, por cierto, el camino que transita el peregrino), la podemos sentir en esta línea:

*y sólo somos transeúntes del mundo y su oropel.*²

Y también en estas:

*Su queja se pierde en el devenir errante de los hombres
camino signado por la condición pasajera de la carne
polvo que vuela hacia el polvo donde reptan los gusanos.*³

1 *Missa solemnis*, 4 de “Resurrección de Cristo” (p. 114).

2 *Ibid.*, en el “No nos dejes caer en la tentación” del Padre nuestro (p. 73).

3 *Ibid.*, 1 de “*Stabat Mater*” (p. 97).

El peregrino de este poemario se me ofrece a ratos como un “peregrino adámico”: expulsado tal vez del paraíso y consiguientemente desterrado:

*Eres una llama transeúnte que baña de luz
la condición ambulatoria del hombre
fuego vivaz para regocijo de errantes huérfanos
—existencia desértica bañada de tu ausencia
sin tierra prometida donde encontrar reposo.*⁴

Al experimentarse transitorio y errante, vive el yo poemático la necesidad imperiosa del trascendente:

*Desfallezco sin ti, Señor, hambriento,
sediento paria que yerra en el mundo
apiádate de mí, tu indigno anfitrión:
en mi casa encuentre hogar tu palabra.*⁵

*oscura y prolongada procesión del Alma
sedienta de eternidad en las edades de lo humano
[...]
triste y solitaria trashumancia del Alma
hambrienta de infinito en los laberintos de lo humano
manumitida por las palabras agónicas del Hijo
que nos convida al ágape imposible en la mesa del Ausente.*⁶

4 *Ibid.*, 3 de “Resurrección de Cristo” (p. 113. Ver también pp. 39, 45, 108) Aunque sea en nota a pie de página, me parecen dignas de especial atención estas líneas de la p. 113:

*Llama que guía mi peregrinación sin tiempo
padezco la sed del extraviado en el desierto
fuego que acompaña al que apacienta tus ovejas
—existencia desolada que buscará en vano
tu rastro de eternidad y el pan de los hombres.*

5 *Ibid.*, tercera invocación del “*Agnus Dei*” (p. 79).

6 *Ibid.*, 7.^a de las Siete palabras (p. 94).

Y en un apóstrofe lírico de espléndida factura resume la razón de esa apremiante urgencia. La imagen —tenía que ser así— es la del fuego y la luz:

*Eres una llama transeúnte que baña de luz
la condición ambulatoria del hombre
fuego vivaz para regocijo de errantes huérfanos
—existencia desértica bañada de tu ausencia
sin tierra prometida donde encontrar reposo.⁷*

No es ajeno el peregrino a las realidades prosaicas e hirientes con las que tropieza en el camino. De ahí que sea para él inevitable dar cuenta de ellas. Dos de esas realidades parecen ser las que más le hieren: la de aquellos que trafican con lo sagrado, como aquellos mercaderes del templo, y la de los poderosos, simbolizados en “el Imperio”:

*Adolescente extraviado entre los ritos
áridos de sacerdotes, cadáveres en bálsamo,
oficiantes de la tranza con el dinero del Imperio
tarifa del tanto tienes, tanto rezo por ti
monedas que del César vienen y al César van.⁸*

Ni tampoco encontramos en él a un piadoso creyente para quien la fe sea un hecho dado y sin problemas (la famosa “fe del carbonero”). El “silencio de Dios” que Charles Moeller veía en una buena porción de la literatura europea del siglo XX, es también sentido con estremecedor dramatismo por este yo poemático:

⁷ *Ibid.*, 3 de “Resurrección de Cristo” (p. 113).

⁸ *Ibid.*, 3 de “*Stabat Mater*” (p. 99). Ver también pp. 31, 33, 90, 92 [del mundo], 99, 101 y ss. y dos veces en el canto del *Magnificat*.

*Tu mudez es un trueno que me aterra
responde a las plegarias de tus hijos
desterrados*

*perseguidos
torturados
sin patria
sin hogar
sin vestidos.*

*Yo sé que estás sin que estés
¡Responde, Abba, a los que creemos sin ver!⁹*

Tema que se repite en estas líneas del *Stabat Mater*:

*Estaba la Madre dolorosa junto a la cruz llorando
la ingrima desnudez del Hijo abandonado por el Padre
La eternidad suspendida del irremediable mutismo de Dios.¹⁰*

Pero ese divino silencio no le desliza por la pendiente de los insensatos:

*Trompetas terrenales resuenan
¡Dios ha muerto!
¡Dios ha muerto!
Es inútil que te bendiga y que te adore
me dicen los hombres
con su insolencia a cuestas
que han viajado por el espacio
¡y no te han visto!
¡y no te han visto!¹¹*

⁹ *Ibid.*, “Gloria” (p. 46. Ver también penúltima línea de la p. 48).

¹⁰ *Ibid.*, 1 de *Stabat Mater* (p. 97).

¹¹ *Ibid.*, “Gloria” (p. 46). Estas líneas evocan las del salmista: *Piensa el necio: “No hay Dios”./ El Señor observa desde el cielo a los hijos de Adán, / para ver si hay alguno sensato que busque a Dios* (Sal 14 [13], 1-2 = Sal 53 [52], 2a-3. Versión de L. A. Schökel en la *Nueva Biblia española*).

Otros rasgos y matices del *homo viator*, del peregrino, se me han ofrecido en el escuchar con los ojos —en imagen quevediana— la *Missa solemnis* de Raúl Vallejo. Comparto estos con quienes deseen acceder al texto, como parcial cuenta y razón de mi lectura.

Quito, 9 de febrero del 2008

Prefacio

Vivencia de la música y la palabra

Por Jorge Aguilar Mora

¿Qué palabra se puede decir en el sacrificio de un dios, cuando de su muerte depende la salud del mundo? ¿Qué palabra es la palabra necesaria para un dios que se entrega al sacrificio para salvarnos? ¿Qué podemos decirle al que nos ha creado cuando lo matamos para poder seguir viviendo? ¿Qué palabra si Él es la palabra? ¿No sólo le robamos la vida, también le robamos lo que es Él para poder justificar nuestro acto?

La misa es el sacrificio, pero el sacrificio de la misa es el último privilegio que tenemos los hombres para pronunciar las palabras primeras de nuestra condición. El sacrificio repetido en la misa es ya un símbolo, pero es un símbolo que en cada consagración hace de la fe la única salud del mundo. Es un símbolo que regresa a este mundo y lo vuelve todo poderoso... sólo con la palabra y solo en la palabra. Justo en la orilla de la repetición de un acto irrepetible, la palabra recibe la única razón de su existencia: el sentido de recorrer ese acto hasta el final para que el símbolo siga siendo símbolo y siga siendo lo único real, lo único que no significa nada sino él mismo. Símbolo único que se significa a sí mismo, al que nada ni nadie puede simbolizar, y que, sin embargo, se difunde, se reproduce infinitamente al volverse cuerpo de los hombres.

En *Missa solemnis*, Raúl Vallejo recoge las palabras rituales de la misa y las vuelve cuerpo. Si en la misa, las palabras se pronuncian con una legitimidad precaria pero que es la única posible; en el rito de Raúl Vallejo, las palabras son el cuerpo de la fe de cada creyente y no creyente. Dios en su muerte no sólo es un

concepto sublime, que violenta todos los engranajes de la razón, de la imaginación, del entendimiento y de los sentidos; Dios en su muerte también es la posibilidad de encontrar en la palabra el reverso de nuestro cuerpo para acompañarlo a Él —“¡Sí, es azul! ¡Tiene que ser azul!”, dice otro poeta— en ese acto insensato, en el acto más insensato y el único donde puede estar el sentido. Las palabras de la misa son las palabras de los presentes en el rito; las de Raúl Vallejo son nuestras palabras, para entrar en un diálogo imposible pero inevitable con el secreto de todos los secretos: la inocencia de este mundo. Para el creyente, las palabras de *Missa solemnis* recuperan el poder que Cristo les dio a los hombres en el momento de escuchar el silencio del Padre y de decidir que su sacrificio debía continuar. Para los no creyentes, las palabras de Raúl Vallejo son la expresión desgarradora de una condición trágica; son la sangre que corre en las venas trágicas de la creación: ¿cómo podemos crear tanta belleza y que tanta belleza sea tan frágil, tan efímera, tan eterna y percedera?

Missa solemnis tiene, sin duda, el parentesco de la música; pero el “sin duda” no es mío, no está escrito desde “mi” sabiduría; el “sin duda” está escrito desde la fuerza de las palabras mismas que quieren reclamar ese parentesco... quizás porque la música sigue siendo ese territorio incógnito donde desaparecen las huellas del sentido. ¿No será que Él sólo ama la música? Y no la de las esferas, sino la música de esa espera de antemano frustrada que es la reconciliación con el silencio. ¿No será que Él es ese silencio que está detrás de toda música que reclama constantemente la inocencia de este mundo?

Por eso *Missa solemnis* no es sólo el rito de la misa, sino también todo el recorrido del acontecimiento, de aquel acontecimiento incomprensible y que le ha querido dar un cuerpo a la historia. Raúl Vallejo también recoge las últimas palabras de Cristo y, como otros poetas y otros músicos, indaga en su sombra, porque en el cuerpo mismo de las siete palabras nada hay que buscar. Es en la

sombra, es en el punto final donde se confunden con los momentos de la cicatriz donde caben nuevas palabras y nueva música: ¿qué puedo decir? ¿qué puedo decir aparte de escuchar “Las siete palabras de Cristo en la cruz” traducidas por Haydn en dos cuartetos de cuerdas que no tienen orillas, que no tienen huellas, que sólo tienen cicatrices, que sólo tienen surcos, que sólo tienen desgarraduras? Y luego, porque el rito no termina ahí, luego está la imagen de la madre al pie de la cruz, sí, también estaba la madre, sí, la madre sigue estando, y en su estar ahí, al pie de la cruz, sigue emitiendo signos que no podemos sino recoger y reinterpretar. Madre abandonada por el hijo —por el único hijo de Dios y de este mundo—, e hijo abandonado por el Padre... momento en que estamos ante “la eternidad suspendida del irremediable mutismo de Dios” (p. 97). A esos abandonos también muchos poetas les han querido dar palabras, y muchos músicos, melodías. Y Raúl Vallejo les da palabras y melodías. Aunque sea, como él dice, “criatura de débil voz”, (p. 108) las palabras y las melodías se bastan solas, porque sólo ellas saben arreglárselas con la muerte. ¿La muerte? ¿Palabras y melodías de la vida? Raúl Vallejo ha producido en *Stabat Mater* un rosario de poemas que supieron ganarse la complicidad de la historia: en sus palabras y en sus silencios melódicos, aparecen trágica, conmovedoramente, todos los matices de la tristeza de Pergolesi y toda la sabiduría terrenal de Rossini.

Y si la voz es “débil”, la resurrección es propia, justa, exacta como la exaltación del Aleluya (pp. 111 y ss.). Aleluya, decimos con el poema, Aleluya, sea lo que sea, ha resucitado, y basta la imagen, más acá o más allá de su realidad, para culminar el testimonio. Aleluya, sí, hacia dentro o hacia fuera, hacia la inmanente realidad del mundo o hacia su trascendencia, hacia el símbolo o hacia el mero signo, Aleluya, porque la música y la palabra siguen vivas.

Silver Spring, Maryland, 16 de febrero de 2008

In memoriam
Aida Corral de Vallejo
13 de julio de 1925 – 10 de enero de 2004

¡Aleluya!

*Alaben a Dios en su santuario,
alábenlo en el firmamento de su gloria,
alábenlo por sus hazañas,
alábenlo por toda su grandeza.*

*Alábenlo con el toque de los cornos,
alábenlo con arpas y con cítaras,*

*alábenlo con danzas y tambores,
alábenlo con mandolinas y flautas,*

*alábenlo con platillos sonoros,
alábenlo con platillos triunfales,
alabe al Señor todo el que vive.*

¡Aleluya!

Sal 150

Magnificat

1

Soy sólo una mujer que aún no ha conocido varón
entregada a la voluntad de Aquél que todo lo puede
sierva que recibió en la morada sencilla de las nazarenas
la voz angélica que anuncia la llegada de un tiempo nuevo
cielo rebelde que nos baña de luz lo mismo que nos cobija
bajo las sombras de la noche dulce, propicia para el amor.

*Celebra todo mi ser la grandeza del Señor
y mi espíritu se alegra en el Dios que me salva.*

En Ti confío soplo de viento que me mantiene alerta
lumbre que ilumina mi sosiego
hálito que baña mi ánima combatiente
voz de las alturas a cuyo llamado sólo respondo que sí.

Tú que convertiste las aguas abiertas del Mar Rojo en tumba
de los opresores de tu pueblo conducido por Moisés;
Tú que guiaste la mano de Yael para aniquilar a Sísara, sangriento
capitán de los cananeos, verdugo coronado por nuestros pecados;
Tú que depositaste las palabras de júbilo en los labios de Débora,
abeja de la justicia que fabricó la miel divina de nuestra libertad.
Tú que insuflaste vida en el vientre estéril de Ana, madre de Samuel,
oración de esperanza para los esclavos de sí mismos y de los demás.

Tú que hiciste de la belleza de Ester el arma de tu gente
siempre amenazada en la diáspora por la conjura de tus enemigos.
Tú que guiaste el astuto brazo de Judit que decapitó
la lascivia de Holofernes para alabanza de tu nombre.

En Ti confío y a Ti me entrego como Rut, la moabita, y su viudez
extranjera que en Belén fundara la dinastía de la casa que me acoge
sola bajo el firmamento, vencidos mis miedos, apacienta mi alma
dulce regocijo de eternidad ofrendada, Señor, a tus requerimientos.

En Ti confío y a Ti me entrego libre porque soy una mujer bendita
como todas las mujeres que cuidan esta tierra y la pueblan con tus
hijos.

2

Yo, la que llora sin consuelo la sangre de los inocentes
derramada con la violencia del Imperio por causa del Hijo,
muertes que acompañan la permanencia de quien dará su vida;
la que cuida del niño extraviado en el Templo y se asusta
ante la sabiduría de sus palabras y el asombro de los sacerdotes,
predica que sana la aflicción de los pobres de la tierra;
la discreta que en su corazón intuye que del agua tocada
por la mano del Hijo proviene el mejor vino de la boda, milagro
que anuncia el regreso al Paraíso de los descendientes de Eva;
la que perfuma los pies de mi Señor con bálsamo fino
para escándalo de los corazones adheridos al polvo,
presencia efímera de la divinidad encarnada en un hombre;
la que recibe en su rostro los escupitajos y en su cuerpo
las piedras arrojadas por la mano furiosa de los crueles,
sacrificio de mujer que se enfrenta a la insolencia de los poderosos;
la que andará sola en la vida y sola frente a la muerte
piadosa acunará el cadáver del Hijo en sus brazos,
madre que sobrelleva en sí todo el dolor del hombre.

*Porque quiso mirar la condición humilde de su esclava,
en adelante, pues, todos los hombres dirán que soy feliz.*

3

El Señor bendice al pueblo que conmigo habrá de padecer
peregrinos de corazones hambrientos de eterno maná
diáspora de los que no encuentran refugio en su propia casa
procesión infinita de los perseguidos por causa de su nombre.
Me entrego a Él sin condiciones en nombre de sus hijos
humildes que no descifran los signos milenarios de la Torah
mas llevan en su espíritu el calor de su palabra encendida
horno en que se cuece la transitoria felicidad de la tierra.
Él acoge mi entrega a la misión dolorosa que me da
se apiada de las almas de pan ázimo a las que desprecian
doctos de la Ley que cultivan la soberbia y del Señor olvidan
*que sus favores alcanzan a todos los que le temen y prosiguen en
sus hijos.*

4

No el palacio del rey sino la casa del carpintero
escogió mi Señor para su morada terrenal.

Yo no atino sino a balbucir, en gratitud, que somos
pasajeros de esta tierra en corto viaje a la eternidad
que todo se acaba, todo se esfuma y en el aire
queda lo que vale para celebración de la vida.
La barata de los mercaderes es nuestra tentación
compra de felicidades que se convertirán en polvo
mientras lo inasible del espíritu se vuelve carne
alimento de salvación para el hambre del pueblo.

*Su brazo llevó a cabo hechos heroicos
arruinó a los soberbios con sus maquinaciones
ensalzó a los humildes de discreta sonrisa
nos liberó de las cadenas que impuso el Imperio.*

Canto la libertad de mi gente
vestida de luto y cadenas en Egipto
satisfecha de maná en el desierto,
hoy habitamos en la promesa del Padre.

*Sacó a los poderosos de sus tronos
y puso en su lugar a los humildes*
porque todo poder habrá de perecer
para que se cumpla el ciclo de la vida.

Canto la victoria de mi pueblo
bienaventurado porque busca la justicia
perseguido por la causa de mi Señor,
hoy se alimenta de su esperanza en Él.

*Repletó a los hambrientos de todo
lo que es bueno y despidió vacíos a los ricos*
porque el pan de vida nos sacia y serena
felices los que guardan sus penas del ayer.

Canto la gesta de los pobres
zelotes herederos del rugiente Judas
el Macabeo purificador del Templo,
hoy resistimos con la bendición del Padre.

*De la mano tomó a Israel, su siervo
demostrándole así misericordia*
porque el reino llegará y la memoria guerrera
regará la semilla de nuestra tierra de paz.

Kyrie

1

Señor, ten piedad de nosotros,
los desterrados desde el inicio de los tiempos
sin padre que nos nombre ni madre que nos amamante
vagabundos perdidos en la desnudez del desierto
buscadores incesantes de la sabiduría prohibida.
Señor, ten piedad de tu exilio en esta tierra.

2

Cristo, ten piedad de nosotros,
el árbol de nuestra desgracia es el árbol de la luz
expulsados por tu Padre, nuestro amado verdugo,
somos huérfanos sin tregua, sedientos
exploradores sin certezas de sí mismos.
Cristo, ten piedad de tu condición de Hijo único.

3

Señor, ten piedad de nosotros,
los que anhelamos morada y conocimiento
forjadores de nuestra propia estirpe iluminada
consciencia de mortalidad que nos libera
soñadores del único Paraíso que habitaremos.
Señor, ten piedad de tu soledad de Dios.

Gloria

1

¡Gloria a Dios en las alturas!
espacio sin linderos
inconmensurable
espejo de nuestra humana pequeñez.

Soy una oración que navega
entre los astros que se multiplican
sin fin
buscándote
angustia de la nube que se desvanece
y es nada
ilusión del cielo inasible.

¿Dónde estás para adorarte Padre celestial?
Mi voz se apaga ya sin fuerzas
ante tu poderoso
silencio divino
y mi orfandad es la única
bendición de mi noche
sola
gritando tu nombre avanzo
y me extravió de mí mismo
y me encuentro ya sin ti otra vez

en la agonía
soy el hijo abandonado.

Trompetas terrenales resuenan
¡Dios ha muerto!

¡Dios ha muerto!

Es inútil que te bendiga y que te adore
me dicen los hombres
con su insolencia a costas
que han viajado por el espacio
¡y no te han visto!

¡y no te han visto!

¿Dónde en el cielo estás Rey de los cielos?
Soy ceniza del pensamiento
resto de la hoguera encendida
por los que invocaron tu nombre en vano.
Soy el número tatuado en mi antebrazo
sobreviviente del fin de la historia.
Soy la piel atacada por la lepra de la pobreza desnuda.

Tu mudez es un trueno que me aterra
responde a las plegarias de tus hijos
desterrados

perseguidos

torturados

sin patria

sin hogar

sin vestidos.

Yo sé que estás sin que estés
¡Responde, *Abba*, a los que creemos sin ver!

2

¡Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!

A los que con sus actos
son memoria de tu existencia
a los que con su sacrificio
existen testigos de tu gloria.

Porque tú habitas en donde están el hombre
y la mujer que se complementan en la piel de cada día
porque vives en los rincones de las comarcas
olvidadas por los dioses del espectáculo
porque eres en aquellos que cantan
nostalgias de su propia y pequeña Sión.

En el tetragrama del cántico gregoriano

te rezamos

con la corriente continua del agua.

En el rítmico retumbar de tambores negros

te bendecimos

con la fuerza profunda de la tierra.

En la metálica sonoridad del charango de altiplano

te adoramos

con el iluminado calor del fuego.

En la potencia de los tubos del órgano barroco
te glorificamos
con la persistente caricia del aire.

No necesito buscarte en el cosmos
ni en la intolerancia de los fariseos
ni en los veredictos de la inquisición
ni en las páginas agnósticas de los letrados.
Yo sé que estás sin que estés
con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre

Amén.

Credo

1

Creo en Ti
indispensable partícula del Origen
verbo primigenio de cuanta palabra nos humana
habitáculo de todos los nombres por los que somos.

2

Creo en Ti
chispa de la explosión inaugural del universo
movimiento inicial de lo eterno en expansión permanente
trasgresor de los límites que impone el desplazamiento de la luz
noción del transcurrir que atraviesa la curvatura de la consciencia
procurador de la naturaleza finita que es nuestro hogar de paso
armonía de la existencia de las cosas que vemos y de las ocultas
más allá del comienzo y del fin de todo lo que es y habrá de
perecer.

3

Creo en el Hijo
ensalzado en las aguas del Jordán
que despidió al demonio del poder y la soberbia
predicador en las ciudades y los desiertos de la iniquidad
maestro de los pobres que jamás arrojó la primera piedra
condenado por el miedo de los sumos sacerdotes al amor
padeció el martirio del Imperio que lo coronó con espinas.

Creo en el Hijo
que murió en la cruz para transitar hacia el Padre
cordero del sacrificio y redención de nuestra pequeñez
habita entre nosotros invisible a los corazones duros
vive en los que necesitan el llanto de la piedad para su dolencia
muere en las víctimas de cada día bajo la ira del mundo
resucita en los que tejen el manto de la paz sobre la tierra.

Creo en el Espíritu Santo
 soplo de vida que aletea
 desde el espanto de la nada
 en aquél tiempo que antecede
 a la luz y a la existencia.
 Paráclito que intercede por los hijos
 desterrados bajo el signo de la culpa
 herederos de la ambición
 de saberlo todo, de serlo todo.

Creo en el aire que bendijo
 las aguas del Jordán
 bautizo que ilumina
 la inevitable ruta de la cruz
 viento que anunció la gloria
 del Amado en el Tabor
 transfiguración y esperanza
 encarnadas para el tercer día
 después del Gólgota propio.

Creo en el Espíritu que consuela
 dulce habitante de nuestro pecho
 el que nos ayuda a sobrellevar la plaga

de la injusticia del poderoso
 en el Orbe enfermo que nos legara el Padre.
 Caminantes en las tinieblas
 desarraigados del amor
 clamamos por el fuego
 que nos dará la fuerza para andar.

Creo en el milagro de las lenguas
 confundidas por la soberbia de Babel
 espíritu de la vida nueva, fuego del Cenáculo
 celebración de Pentecostés que nos abrasa
 palabra que se esparce en la Naturaleza
 presencia que sana la herida original
 aliento para quien clama por el perdón
 lenguaje que nos convierte en seres humanos
 poesía que da su numen a la voz de los profetas.

Sanctus

1

Santo, Santo, Santo
es el Señor Dios del universo

ay de mí y de mi palabra en esta tierra de infieles
habitáculo de mi corazón bañado de arrogancia
cómo santificarte si sólo soy la voz de mi propia duda
si soy indigno de buscar la burra para entrar en Jerusalén
y apenas si puedo contemplar con miedo a los mercaderes
que arrojaste de la casa de oración de tu Padre.

2

*Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria
hosanna en el cielo*

vacío está mi pobre yo cercenado por la avidez
insaciable anhelo de posesión de la tierra
búsqueda sin fin del que cree merecerlo todo
olvido implacable del tiempo del candor
mas las procesiones callejeras de lo sencillos te glorifican
entras en la ciudad de paz en medio de los amos de la guerra.

3

*Bendito el que viene en el nombre del Señor
hosanna en el cielo*

cómo querría caminar en tu nombre mas soy indigno
aceituna carcomida por gusanos al pie del olivar
soy el que te acompaña sin atreverse a proclamar tu nombre
cobardía de animal acorralado en medio del bosque
que tu serafín coloque la brasa encendida sobre mi boca
para cantar con nuevo tono el himno de tu alabanza.

Padrenuestro

1

Padre nuestro, que estás en el cielo
piadosa luz de infinito que nos baña
bendice la peregrinación de tus exiliados
en esta vecindad olvidada de Ti.
Huérfanos del pasado, añoramos tu seno
cósmica eternidad del espíritu
somos los hijos expulsados de tu casa
regresamos a Ti en Aquél que ofrendaste.

La cruz del Hijo me devuelve a la palabra Padre.

Santificado sea tu nombre

misterio de la zarza que danza en fuego
abrasada de vida en el arenal del desierto
ojos de Moisés que no contemplaron tu rostro.

“Yo soy el que soy,” —te identificaste siendo el que serás.

YHWH

Nombre en cuyo nombre
el poder incendió a los penitentes hijos de Caín
zarza crepitando en la hoguera
carne difunta acogida en la piedad de tu pecho.

YHWH

Nombre en cuyo nombre
el poder destazó al Hijo
zarza abrasada en sangre
carne resucitada, sobreviviendo la Cruz.

YHWH

No juntaremos en vano los fragmentos de tu nombre
esparcidos por las aldeas bajo el yugo del Imperio
tu nombre es el nombre que nos bautiza como hijos tuyos.

YHWH

¡Hazte cargo de mí
tu huérfano extraviado en sus propias palabras!

3

Venga a nosotros tu reino
esplendente paraje sembrado de justicia
granos de mostaza que serán arboles
en cuyas ramas anidan las aves del cielo;
noción de infinito que leuda
con la sabiduría de tu levadura,
cofre sin aldaba del que emerge
la misericordia de tu corazón sin fronteras.
Tu Hijo es la perla buena de mares ignotos
anhelo del mercader que vende todo para obtenerla.

Eres la totalidad en el íntimo todo de mi pequeño espíritu.

4

Hágase tu voluntad en la tierra como en cielo
verdad revelada desde nube sin rostro en el monte Sinaí.
Los hijos del desierto claman por la tierra prometida
añoran el Edén mas les cuesta acatar la Ley mosaica.
Tu Hijo, en Getsemaní, triste ante el cáliz de la cruz
aceptó tu voluntad y fue el cordero de la Pascua
sangre que derrotó a la muerte para que persista la vida.
Somos partículas que transitan entre el polvo cósmico
libres para extraviarnos aunque nos llames hacia Ti.

¡Pero no se realice mi libertad si mi corazón no acata tu Ley!

5

Danos hoy nuestro pan de cada día
trigales regados con el sudor del trabajo humano
masa que leuda generosa al abrazo tierno del hogar.
Danos otra vez el soplo de vida para el barro
naturaleza errante que puebla el mundo y lo nomina
justicia para las manos que se funden con la tierra.

La carne magra de los desamparados clama
el pan de este mundo para sus huesos puros
migajas que mezquina el banquete de Epulón.
La cena de manjares ausentes de Lázaro gime
el hambre nuestra que clama todos los días
llagas vivas en la piel de los becerros de oro.

Danos el alimento para la mesa de los sencillos
madera que acoge el abrazo de tu pueblo
fiesta cotidiana bajo el signo de la tierra.
Danos el fruto que sacia el ansia de Ti
maná para el desierto que nos invade
recompensa para los que siembran con fe.

Dame tu palabra y el pan que nutran mi espíritu y la carne.

6

*Perdona nuestras ofensas, como también nosotros
perdonamos a los que nos ofenden*
la garra cruel que vacía nuestras entrañas
la mano propia que ofende la mejilla del vecino.

No somos la oveja encontrada
que causa regocijo en el pastor
la dracma perdida de la mujer
que barrió la casa hasta hallarla
el hijo que regresa cubierto del lodo
en el que se revuelcan los cerdos.

¿Cómo curar la herida ajena si somos
daga que desgarrar la piel del prójimo?
El daño que sangra en nuestro cuerpo
es la aflicción que por nosotros lloran
los ojos que nos miran azorados.

¡Sólo el dolor que callamos nos purifica!

El Hijo que pende de la cruz
cordero del sacrificio
muerte que insufla vida

nos baña con la sangre inocente
nos limpia la culpa atávica
nos reconcilia con el Padre.

¡Ayúdame a sanar la herida ajena
con la herida que llevo en mi cuerpo!

7

No nos dejes caer en la tentación...

Habremos de convertir todas las piedras en pan
la carne será devorada por la carne expuesta
los reinos se postrarán ante un solo poder envilecidos.

Que nuestra boca enmudezca antes que los juramentos
que nuestros oídos se cierren antes que la maledicencia
que nuestros ojos enceguezcan antes que el escándalo
que nuestras manos se paralicen antes que la sangre.

Y nuestra ansia de gloria nos consume la luz
y nuestro poder de todos los días nos regocija en vano
y sólo somos transeúntes del mundo y su oropel.

Cuidame y no me dejes caer en la apatía del espíritu.

Y libranos del mal

de desdeñar la astucia de la serpiente
de celebrar a la gran ramera de la Babilonia de siempre
de tasar al prójimo en treinta monedas
de olvidarnos de la luz eterna de la nueva Yerushalayim.

Libranos del mal

de imitar la crueldad de los dioses menores
de oprimir hasta la sangre al hermano pequeño
de rendirnos ante los oficiantes del culto al mundo
de olvidarnos de encender las velas del *Shabbath*.

Libérame de mí mismo

de mi ego disfrazado de virtud.

1

Sangre de la Alianza primera regada
sobre el ara de piedra por Moisés
pacto primigenio de tu pueblo
para sellar su liberación fundacional.

*Cordero de Dios que quitas el pecado
del mundo* y sus cadenas invisibles
anhelo beber el cáliz de tu sangre
vino transfigurado, permanencia de ti.

2

Soy un huérfano que carga las culpas
del desamor, de la ausencia de Dios,
penitente ahogado en la soledad sin fe
alma hundida en la vanidad terrenal.

*Cordero de Dios que quitas el pecado
del mundo* y el engaño de su poder fugaz
ansío el alimento de tu cuerpo
pan del milagro, tu presencia sin fin.

3

Desfallezco sin ti, Señor, hambriento,
sediento paria que yerra en el mundo
apiádate de mí, tu indigno anfitrión:
en mi casa encuentre hogar tu palabra.

*Cordero de Dios que quitas el pecado
del mundo, ten piedad de nosotros.*
El vino y el pan de la nueva Alianza
entran en mí y arde mi yo contigo.

Las siete palabras de Cristo en la cruz

1

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.
Lc 23,34

Los hombres levantan monumentos y atesoran monedas con la
efigie del César
se alimentan de dioses que suplen en la áspera oquedad de sus
corazones
el abandono definitivo del Dios ausente.

Los hombres aguardan señales de natura, nuevos profetas,
milagros que acaricien
sus espíritus resecos por la dureza del exilio al que fueron
expulsados
que perdura, que estremece, que condena.

Los hombres son ciegos que lamentan la gozosa ebriedad de sus
lazarillos
extravío sediento de dioses en la inmensa soledad del Gólgota
coronación de olvido del Dios que sacrifican.

2

Realmente te digo que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso.
Lc 23,43

El uno

En la vida todo, en la muerte nada.
¿De qué Paraíso nos habla este reo de igual condición que nosotros?
Somos animales que engordamos
hasta reventar.
Después, carroña para alimento de aves de mal agüero.

El otro

Tanto dolor sólo es posible si tiene sentido.
No nos agotamos en el yantar y en el yacer como otras criaturas.
Somos espíritu que mira
hacia la trascendencia.
El que nos ofrece la paz de lo eterno la lleva en sí.

El uno

La nada me envuelve en el ocaso y tránsito
hacia la noche definitiva que me espera.

En la agonía prefiero matar toda ilusión.

Este sufrimiento me enseña la puerta hacia el vacío
la oscuridad que sella para siempre nuestros párpados.

El otro

Detrás de la nada que me cobija percibo
aquello que ilumina este crepúsculo.

En el vértigo ante el vacío surge mi sueño luminoso.

Este sufrimiento me purifica frente al templo sin edad
gracia esplendente que nos conduce al infinito.

3

Mujer, ahí tienes a tu hijo. [...] Ahí tienes a tu madre.
Jn 19,26-27

Los familiares acompañan a la víctima en las horas del ocaso
el paisaje es la nada ante sus ojos impregnados de agonía
sus sandalias levantan el polvo del duelo, la angustia seca;
ante el hombre moribundo se estacionan
y es el vacío
horrendo silencio de la frágil materia humana.

Son peregrinos resignados a la ejecución del hombre
junto a la cruz sólo la cruz existe y el resto es viento
sus vestidos cubren el desasosiego desde la noche de Getsemaní;
ante el moribundo las plegarias se esfuman
y es la impavidez
insondable silencio de la divinidad sobre lo humano.

La madre acepta la consumación del sacrificio ineludible
transfiguración de su anunciada maternidad herida
en el milagroso amparo de la orfandad humana;
piadoso silencio que sube desde el desgarrado
vientre que alumbró el palpito que se extingue.

El hijo que sobrevive es huérfano del Hijo que parte
lleva consigo el desamparo, cayado que se hunde
en la tierra lacerada que es la carne exangüe de los hombres;
acongojado silencio de la humanidad transeúnte en busca
del camino y la luz entre las tinieblas de extraviadas tierras.

La pecadora redimida que los acompaña en el llanto
y la plegaria y la peregrinación sin respuesta
carece de la palabra que convierta en verdad su viudez;
innombrable silencio del escriba que no escucha
el susurro acongojado de Aquel que agoniza.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?
Mt 27,46

Huérfano en el origen
bañado en la sangre desprevénida de los inocentes.

El espíritu vaga
incapaz de hendir su semilla en la tierra estéril
solo entre los solos.

¿Dónde está el Padre?
¿Quién le impone el nombre que habrá de diferenciarlo?
Nombre entre los nombres de los hombres
que hizo de Él
un hijo único de padre ausente.

El padre no estuvo.
Mutis en la plenitud de la existencia.
El padre no es el Padre.
Tan sólo sombra desvanecida
luz que se ahoga en el mar crepuscular del horizonte.

Huérfano en el camino
cargado con la culpa original de la jactancia.

El espíritu deambula
esparciendo la palabra entre corazones sordos
solitario en la soledad.

¿Dónde está la madre?
¿Quién lo llevó en el vientre nutriéndolo de silencios?
Vida entre la vida de los hombres
que hoy es sacrificio
cordero inmolado en nombre del Padre.

La madre permanece.
Llanto en la agonía torturada de la cruz.
La madre es dolor en la palabra que sobrevive.
Renuncia al placer del hombre
ánfora en la que sembró el Padre su semilla.

Huérfano en el final
doblegado por el velo rasgado de los corazones áridos.

El espíritu transita
olvidado por Aquel que nos expulsó de sí
génesis de nuestro desamparo
solo frente a la soledad del Eterno.

Tengo sed.
Jn 19,28

¿Asiste el Padre a la humillante flagelación del Hijo?

El hombre es un amasijo de carne en llagas y el dolor
se clava en la fragilidad de su piel abierta.
Los victimarios beben en sus orgías la sangre del cordero
se juegan a los dados la túnica del inocente.
Un hombre atrapado en el laberinto de la tortura.

¿Acompaña el Padre la procesión del Hijo hacia el calvario?

El hombre ya no sabe lo que ocurre con la culpa de todo hombre
y si mañana será memoria, hoy es la nada acongojada del doliente.
El Imperio y sus aliados protegen su poder en el silencio y celebran
su victoria sobre el que dudó de la letra convertida en estatua de sal.
Sólo un hombre extraviado en la bruma del olvido.

¿Contempla el Padre la soledad agónica del Hijo?

El hombre es una laceración moribunda bajo el sol que acosa
la garganta, desierto despoblado de milagros y tentaciones.

Cruel sequedad que abrasa la resignación del ajusticiado,
claman sus labios durante el instante detenido de la aridez.

Es tan sólo un hombre

íngrimo

dando la cara ante su muerte.

6

Todo está cumplido.
Jn 19,30

La carne ya no resiste el tormento del Imperio del mundo
una partícula indefensa en el universo de los que mandan
finitud humana que se deslíe en el ocaso del día
rebelión de la palabra aplastada por la pesadez del hierro
allí donde las tinieblas nos recuerdan que somos fragilidad
cántaro de barro en precario equilibrio al borde de una mesa
condenados a regresar a la nada de donde procedemos.

El cuerpo ha perdido su condición de piel de vida y es despojo
ensangrentado espejo donde se mira el poderío de la insensatez
resto de humanidad que se funde en el olvido del Padre
oscuro sendero que nos extravía sin piedad lejos del hogar
allí donde lo eterno es la soledad del que todo lo puede
agua que se esparce tras el beso del cántaro a la piedra
condenados a ese instante inmisericorde de orfandad.

Ya no más el amor de la mujer de Magdala silenciada
en la historia de los testigos que la ignoraron
oculta luna tras las nubes que los hombres soplan;

ya no más el pan y el vino compartidos
en mesa fraterna de palabra subversiva
fiesta pascual, memoria libertaria;
ya no más la mirada dulce de la Madre dolorosa
que intercede ante su hijo por el vino de las bodas
himeneo que abrió el sendero hacia la mortaja abandonada.

Ya no más la memoria

ya nada más

ya todo

consumado es.

Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.
Lc 23,46

El espíritu se esparce
río de lava que surca la tierra
implacable noche del desierto
tormentosa vigilia de bronco mar al acecho
ilumina el más íntimo resquicio de la sombra
oscura y prolongada procesión del Alma
sedienta de eternidad en las edades de lo humano
redimida por los atribulados ojos del moribundo
que nos contempla desde el hálito sin fin de la trascendencia.

El espíritu retorna
luz que derrota la física del mundo
extraviado albergue de la desazón
purificado por las lágrimas de las hijas de Jerusalén
alumbra el cosmos tenebroso de la desesperanza
triste y solitaria trashumancia del Alma
hambrienta de infinito en los laberintos de lo humano
manumitida por las palabras agónicas del Hijo
que nos convida al ágape imposible en la mesa del Ausente.

Stabat Mater

para Jorge Aguilar Mora

1

Estaba la Madre dolorosa junto a la cruz llorando
la solitaria desnudez del Hijo abandonado por el Padre
la eternidad suspendida del irremediable mutismo de Dios.

*En mis entrañas yacías protegido del odio pero no de la muerte
tu mundo fue este mundo que me desgarró el pecho con los clavos
hundidos desde siempre en ti por el miedo y la saña de los poderosos.*

Agoniza el fruto de su vientre, profética semilla de la palabra,
regocijo indeleble a través de los años, anunciación
escrita en el libro sagrado de la antigua casa de David.

Su queja se pierde en el devenir errante de los hombres
camino signado por la condición pasajera de la carne
polvo que vuela hacia el polvo donde reptan los gusanos.

*Soy huérfana de aquel sueño indefenso que ofrendé a la vida
jolgórico tras el padecimiento de toda mujer en parto
gimo la orfandad indecible de la madre que entierra al hijo.*

Desconsolado extravió del espíritu en la hora del crepúsculo
luctuosa resignación a nuestro tránsito de solitaria finitud.
¡El hijo de Dios se muere! ¡El hijo de María está muriendo!

¡Oh cuán triste y afligida la Madre estaba
 bendita y llena de recuerdos de Aquél que agoniza!
 Mas la memoria carece de piedad, es brasa
 fundida en la palma de la mano persiste impávida.
 Contempla al hijo de infancia salpicada de sangre
 inocente de los degollados por el sin sentido
 pánico del poder terrenal y la profecía divina.

*¿Tenían que ser ejecutados los niños de otras madres
 ilusiones truncas, inconsolable como todo dolor materno,
 para salvar a este hijo al que finalmente dio caza la mano cruel?*

¡Oh cuán tristes y afligidas estaban las madres
 sin comprender la causa de tanta niñez asesinada!
 La memoria es un látigo que nos alcanza inclemente
 tizón de dolores viejos que enciende la llaga de hoy.
 Contemplan el vacío de los cuerpos exánimes
 inocencia expuesta sobre el ara de la profecía del crimen
 aplazamiento de la muerte de Aquél que cuelga de la cruz.

*¿Para esto tanta inocencia atravesada por la espada ciega
 suspiros apagados, ilusiones desvanecidas como el rocío,
 suave beso sobre el botón que florece para marchitarse?*

Suspiraba y gemía la Madre piadosa
 viendo sufrir al hijo que adolescente
 contemplara glorioso en el templo
 celebración inicial de la palabra
 lluvia inédita en el desierto
 aplacamiento de la sed de espíritus
 errabundos y pobres también de vestido.

*Te escucharon sus oídos
 sus corazones no te entendieron
 piedras trituradas en el monótono
 movimiento de los labios muertos
 fuente de la que sólo manan
 arena cuarteada, palabras secas.*

Adolescente extraviado entre los ritos
 áridos de sacerdotes, cadáveres en bálsamo,
 oficiantes de la tranza con el dinero del Imperio
 tarifa del tanto tienes, tanto rezo por ti
 monedas que del César vienen y al César van.

Qué hombre no lloraría viendo a la Madre en semejante abandono
 ella, que acompañó la procesión de la palabra que esparció el
 sufriente;

ella, mujer sin marido y sin consuelo, no se angustia por su soledad
 hoja del olivo flotando en medio de la ventisca cruel del desierto
 porque la soledad de las mujeres es una condición del cuerpo
 femenino sentido de quien perpetúa la especie sin que le importe
 el doloroso alumbramiento pero sí su fruto cuando se extingue.

*Soy la viuda, la que perdió al compañero de sus días largos;
 la huérfana cuyo vientre creció sin la bendición del padre;
 la que padece abandono, la que impregnada cayó en el olvido.*

¿Dónde está José, el marido lejano, que no acude a este suplicio
 dagas que se incrustan en el seno afligido de esta mujer sola?
 ¿Dónde están los ángeles y sus silenciadas trompetas de gloria
 mensajes silentes en el libro sagrado de páginas clausuradas?
 ¿Dónde está el que todo lo gobierna y prolonga este tormento?

*Soy el sostén de mí misma, del hijo que me duele, fortaleza
 vital iluminación de la tierra que amamanta a quien la ofende.*

El hijo de Dios se muere
 sumergido en el abandono de su gente
 multitudes, semillas dispersas,
 granada que revienta
 bajo la planta del viajero que burla
 poderoso la sed en el desierto.

*Tú
 sembrador que esparciste
 la simiente
 palabra insurgente
 verbo que libera.*

Al hijo lo niegan hasta las piedras
 lecho sobre el que imaginó construir
 morada para los que aún aguardan
 multiplicación de panes y peces
 hombres que no se atreverán a estrellar
 panes y peces en el rostro del Imperio.

*Tú
 derrotado por el pánico
 del oprimido*

*solo contra el poder
del reino de lo efímero.*

Los hombres pusilánimes no esperan
el canto del gallo para negarlo
los hombres carecen de osadía para vencer
el miedo a la espada y a la cruz
tormento que los amenaza en los pliegues
secretos de su nocturna intimidad.

*Tú
cuerpo inmolado
piel de derrotas
resistencia del espíritu
a ser vencido.*

La Madre ve a su dulce hijo
fruto desolado en agonía por causa ajena
ahogado en el olvido, en el tormento
nadie reclamará la herencia, los despojos
la túnica de rey de burlas ya jugada
los dados infamantes de sus torturadores.

*Tú
conmoción del tiempo
inmóvil
zapador del Imperio
que habrá de perdurar.*

Las catapultas agitan sus brazos
la honda de David no las conmueve
bajo la ira de sus rocas quedan
los pasos osados del liberto y su grito
eco que se estrella en la sombra
opresivo espectro agitando los siglos.

*Pero están tus mujeres
junto a tu cruz
los rostros de Eva
por los hombres olvidados.*

¡El rebaño se dispersa sin quien lo guíe!
Ojos difuntos sin tumba ni lazarillo.
¡El rebaño balando despavorido!
Pánico del esclavo a la vida libre.
¡El rebaño gime la ausencia del pastor!
Condición irrenunciable de la pequeñez humana.

*Nosotras mujeres
que seguimos tus huellas
fieles andariegas
por tu causa y por tu voz.*

El cordero olisquea la piedra del sacrificio
crueldad del rito que habrá de degollarlo.
¡La sangre brilla sobre la piedra del altar!
Hombres de poca fe, tenéis razón:
la muerte es un verdugo ciego
ante quien todos somos culpables.

*Yo que huí contigo protegiéndote.
Mi seno, tu alimento contra la ira de un rey.*

*Yo que padecí los miedos de toda madre
ten cuidado con las piedras de la colina
no te golpees con el hijo del vecino
vigila tus manos del golpe del martillo
atento a las víboras del desierto.*

*Yo que acepté tu misión inexplicable
y te seguí
junto a esas mujeres amenazadas por las piedras de los justos
junto a esos pescadores que colgaron sus redes fascinados por tu verbo
junto a esa multitud sin oficio ni beneficio que espera saciar
su hambre y su sed con milagros de prestidigitadores de feria.*

*Yo que fui testigo de las cruces que fabricabas con el carpintero
mi marido que ya no está, ausencia de vida en mi vida,
nunca imaginé que fueran la premonición de lo que contemplo
cruz de la que pendes moribundo, huérfano y solo.*

*En esta hora de pesadumbre no me resigno al absurdo
“Dios me lo dio, Dios me lo quitó”
tal vez mañana, con mis ojos secos, seré silencio
campo de batalla impregnado del hedor de sus cadáveres.*

*¡Oh Madre, fuente de amor, junto a María de Magdala!
el desamparo es un dolor compartido
dos mujeres que lloran por el mismo hombre
dos almas que mitigan mutuamente su vacío de orfandad
compañeras de vida lo son en la agonía de aquel que amaron.*

*Conmigo la que compartió tus andanzas
sombra iluminada de tu desierto
bálsamo al final de tus caminatas, refugio
de tu cuerpo encantamiento y alegría serena del Shabbath.*

*¡María, la madre, y Magdalena, las dos frente al hombre!
sus lágrimas bañan la germinación de la tierra
las mujeres de amor combaten contra la muerte
las mujeres, fortaleza del espíritu frente a la oquedad del solo,
habitantes de un mundo que no se conmueve con su llanto.*

*Conmigo la que compartió tu prédica estéril
sombra permanente detrás de tu palabra
bálsamo en tus noches sin multitudes, plegaria
de tu cuerpo apasionamiento y doméstico descanso del Shabbath.*

¡María, la madre del hombre, y la de Magdala, la mujer!
Si la soledad es un crepúsculo que todo lo oscurece
las mujeres son el rayo que rasga la tiniebla
las mujeres son el anuncio del día que despierta
iluminados vientres que protegen la persistencia humana.

8

Ahora
el árbol de vida
un sangrante par de maderos
cruz de nuestra muerte en la muerte del Hijo.

Madre
lágrima de adiós
destino humano en un par de maderos
cruz de nuestra finitud y nuestro desengaño.

Padre
ausencia sin retorno
marca del olvido en un par de maderos
cruz de nuestra perpetua orfandad.

Junto a la cruz estamos contigo Madre, suplicantes
 en el crepúsculo de abandonos, en el silencio
 claudicación de la utopía frente a la nada perpetua.

El viernes se ha consumado pero tu llanto continúa
 Madre te acompañamos sin condiciones ni promesas
 matriz de nuestra hermandad signada por el destierro.

Junto a la cruz vacía, la muerte corroe nuestra esperanza,
 fuerza de la mujer infinita que de tu seno emana, Madre,
 soplo de piedad es tu beso sobre la frente del finado.

Es mi culpa, ya lo sé; es mi grandísima culpa, Madre.
 Los clavos de tu Hijo nos redimen de nuestro Caín
 pero la muerte existe y yo soy criatura de débil voz.

1

¡Resucitó, resucitó! ¡Aleluya!

¡La tumba de Jesús, el carpintero, está vacía!
Testimonio fresco de piedras antiguas
bramido de la palabra en la oquedad del silencio.

¡Aleluya! ¡Resucitó! ¡Aleluya!

¡El sepulcro del hijo de María no conocerá olvido!
Lienzos impregnados de mirra y aloe en abandono
fragancia de la muerte anonadada en su extravío.

¡Aleluya, aleluya! ¡Resucitó!

¡La cripta del cordero es huella de redención!
Gruta de vida burlando su condición de finitud
eco perdurable que alcanza nuestra caída sin fin.

¡Resucitó! ¡Aleluya! ¡Resucitó!

2

¿Dónde te hallas *Rabboní*, mi bienamado?

Caminé con mis heridas expuestas y tu palabra me procuró alivio
te seguí hasta el calvario junto a tu madre dolorosa y hoy ya no
estás.

¿Acaso el guardián del huerto desalojó tu cuerpo yerto?

Lloro porque nada de ti me queda en esta tierra baldía
quiero los restos inertes que fueron arrancados de mi duelo.

¿Eres tú *Rabboní*, mi bienamado, esa presencia cuya luz me
ciega?

Me pides que te suelte pues dices que aún no has regresado a tu
Padre
te arranco de mí con el dolor de haberte perdido y volver a
perderte.
¿Creerán la palabra de esta pecadora esos hombres rudos de
corazón?

A mi Maestro ya no hay que buscarlo entre los muertos:
yo proclamaré los sucesos de este sepulcro derrotado por el Amor.

3

¡Que apresuren su llegada a tu sepulcro los que te negaron!
Aquellos que envenenan con dudas lo que dice una mujer.
¡Que toquen la huella abierta de tus heridas los incrédulos!
Los que ignoran la purpúrea pasión de la rosa en la palabra rosa.

Eres una llama transeúnte que baña de luz
la condición ambulatoria del hombre
fuego vivaz para regocijo de errantes huérfanos
—existencia desértica bañada de tu ausencia
sin tierra prometida donde encontrar reposo.

¡Echen con fe las redes que resistirán al peso de la pesca!
El Tiberíades dará ciento cincuenta y tres piezas para hartarnos.
¡Es el Señor pero no lo saben con certeza, es Él y lo dudan!
Los llamados a perpetuar la vida del Señor en su palabra.

Llama que guía mi peregrinación sin tiempo
padezco la sed del extraviado en el desierto
fuego que acompaña al que apacienta tus ovejas
—existencia desolada que buscará en vano
tu rastro de eternidad y el pan de los hombres.

El llanto de tus mujeres te arrebató de la muerte
 elegía que vence la consumación de las horas de los hombres.
 Llanto de madre que emerge desde el arcano del vientre
 desgarrado refugio de la semilla que nos perpetúa.
 Grito de mujer que sube desde el palpito vital de sus entrañas
 hogar en el que mora el sentido de la existencia.
 Volcanes en movimiento, bocas de fuego que nos alumbran.

Desde que volviste victorioso para que tu amor se quedara
 vencer a la muerte es el imperativo sin fin de los hombres
 sobrevivientes por la palabra y su poesía, heridos de olvido
 nada que cubre con su eternidad a la mudez del cuerpo.
 Tus mujeres de indómita sabiduría irradiamos vida
 memoria del verso que conjuga el milagro de la resurrección.

Los peregrinos de Emaús arrastran sus pies polvorientos y tristes
 esperaban que fueras el libertador de Israel y aún lloran tu derrota.
 Caminas a su lado mas no lo saben y atragantan su dolor en el
 silencio
 ignoran que el padecimiento era necesario para el anuncio de tu
 gloria.
 ¡Ahora todos somos peregrinos con el peso de la libertad a cuestas!

Compartes la plenitud de vida nueva en la alegría ancestral de tus
 mujeres
 corazones de eternidad saciados con la repartición de nuestro pan.
 Yo no requiero palpar tu costado para saberte vivo, *Rabboní*,
 me basta la memoria de tu sonrisa y tus ojos que iluminan mi piel.

Derrotaremos a la muerte con la piel restaurada de tus
 renacimientos,
 una y otra vez las heridas habrán de cicatrizar para nuestro júbilo
 en el fuego de cada retorno que incendia las sombras y las
 desvanece.

Yo te llevo en este cuerpo que te acompañó durante las prédicas,
 flor del arenal caliente tocada por la gota de milagro que me sacia.

No soy digna de que entres en mí pero habitas esta casa con tu
 amor.

¿Cómo quieres que crean sin tocar las huellas
de la crucifixión en tus manos y pies
si sólo son hombres que deben
apacentar tus corderos huérfanos?
Dirán de mí que soy la meretriz arrepentida
del placer que tomaron de un cuerpo de mujer
los mismos hombres que la condenan y lapidan
pero soy la que siguió el rastro de tu palabra hasta la hora del
calvario.

¿Cómo anhelas que crean sin compartir
el pescado asado y el panal de miel
si sólo son hombres que viven
el día de lo que atrapa su pobre red?
Dirán que soy la que abandonó la cocina
natural morada y trabajo de las mujeres
para refugiarme bajo la higuera de tu cuerpo
pero soy la que cincela su amor en la vigilia de tu sepulcro.

¿Cómo pretendes que crean sin que el espanto
bañe de verdad sus rostros curtidos
si sólo son hombres a los que confías
atar y desatar las almas ancladas en este mundo?

Dirán que ungué con perfume de nardo tus pies
cansados por tu prédica en Betania, que desperdicié
trescientos denarios para beneficio de los pobres
pero soy tu enviada primera, apóstol que proclama tu victoria
final.

Perdona sus dudas, *Rabboní*, mi bienamado,
¡Que tan sólo son hombres!

¡Que son hombres tan solos!

6

Cuarenta días después de abandonar a los muertos
vamos a Betania en procesión de silenciosa alegría.
En tu hora, *Rabboní*, estás junto a tu Padre,
arrebatao ante nuestros azoramiento y envuelto en nubes
elevas tu antigua humanidad en etérea transfiguración.

Terminó tu prédica en el desierto de todos los días
ahora la Gloria
peregrinación celeste hacia la semilla de origen.

Esencia de Dios y el hombre
eres Otro
fragancia que impregna el aire y nos cubre.

7

Tu discípula amada
de la que proclamaste lo que se oculta
conoce que al perderte nuevamente te gana para la Eternidad.

Este es el testimonio de María, la de Magdala,
mortal que yacerá en su finitud a orillas del Tiberíades
amortajado su cuerpo con el lienzo acariciante de tu Amor.

Salmo 150

¡Aleluya!

Alaben a Dios en su santuario
universo en continua expansión y movimiento
alábenlo porque Él permanece pese a los inquisidores
y sus hogueras encendidas con vanidad.

Alábenlo con la armonía monumental de una orquesta y su coro
alábenlo con la escala de doce tonos y la música electrónica.

Alábenlo con los pasos exactos del ballet clásico
y la inspirada libertad de la danza contemporánea.

Alábenlo con el lamento festivo de la zampoña y la quena
alábenlo con la cuerda de viento de la trompa marina
alábenlo con congas, marimbas y bongós.

Alabe al Señor toda criatura que vive
en el vientre de su madre
sobre la piel recalentada de la tierra.

¡Aleluya!

Epílogo

Una fe desolada pero inquebrantable

Por Jorge Dávila Vázquez

El lector teme siempre que, cuando se habla de poesía religiosa, vaya a toparse con una serie de expresiones más o menos devotas o beatas. Es un miedo que considero, hasta cierto punto normal, pero que contradicen grandes poemas de temática cercana a la religión, vecinos cercanos de la mística, como *El lebril del cielo* de Francis Thompson, que vertió al español, venturosamente, el padre Espinosa Pólit.

Raúl Vallejo ha celebrado esta su *Missa solemnis*, como una especie de grande, amoroso y torturado homenaje a la memoria de su madre, y lo hace con una admirable libertad, un profundo sentido humano de lo poético y un despliegue impresionante de saberes bíblicos. Lírica, a momentos, entre la paráfrasis y la glosa, pero también discurso de rebeldía, de inconformidad ante todas aquellas cosas de la existencia social que contradicen la doctrina de Cristo, y en muchos versos, valerosa aceptación de la condición del hombre con todas sus falencias, pero también con su innata grandeza. Sus versiones del *Magnificat* y el Salmo 150, su *Stabat*, y las distintas partes de la misa, están tan llenas de un doloroso sentimiento de constatación de la realidad social, individual y espiritual, que golpean constantemente a quien lo lee.

No llega a la blasfemia, como sí lo hacen dos de nuestras mayores voces de la poesía de índole religiosa, Francisco Granizo Ribadeneira y Rubén Astudillo, pero sí al reclamo estremecido, a la continua revuelta interna, a la explosión del sentimiento y la conciencia frente a las falsificaciones de la Palabra, como testimonio de una fe desolada pero inquebrantable.

Con este libro, el autor alcanza uno de sus momentos de madurez más conmovedores y al mismo tiempo plenos de una convicción, que rebasa los límites de lo doctrinario, para llegar al pleno corazón de una auténtica y atormentada espiritualidad, típica del hombre de hoy: aquella que arranca de las meditaciones de los santos sin Dios de Albert Camus y de las tempestades internas del existencialismo cristiano, su cercano pariente.

Cuenca, 20 de febrero de 2008

Índice

“Cantos del peregrino”, por Manuel Corrales Pascual / 7
“Vivencia de la música y la palabra”, por Jorge Aguilar Mora / 17
Magnificat / 27
Kyrie / 37
Gloria / 43
Credo / 49
Sanctus / 57
Padrenuestro / 63
Agnus Dei / 75
Las siete palabras de Cristo en la cruz / 81
Stabat Mater / 95
Resurrección y Ascensión de Cristo / 109
Salmo 150 / 121
“Una fe desolada pero inquebrantable”,
por Jorge Dávila Vázquez / 125